

El problema internacional

ASPECTO GENERAL

Ya hemos visto que Alemania durante los últimos cuarenta y cuatro años, se ha preparado a la guerra, sabiendo que un día ella tendría que luchar por su propia existencia.

No se había borrado todavía de la memoria de los alemanes la terrible invasión de Napoleón I que había despertado cruelmente el país de su dulce sueño de paz debido a la importancia política que Prusia había adquirido como consecuencia de las guerras incesantes de Federico el Grande.

Los alemanes conocen la historia y cierto es que los esfuerzos del Emperador actual merecen los aplausos de todo hombre imparcial, porque él quería evitar otra catástrofe parecida a la de los años terribles 1803 y 1804.

Con sangre y lágrimas habían aprendido los alemanes que no les estaba permitido el entregarse a una seguridad engañadora por agradable que fuese.

Hace dos mil años que los romanos dijeron: «Si vis pacem, para bellum» «Si quieres la paz, prepárate a la guerra», y este precepto sirve hoy como servirá siempre, mientras que los hombres no lleguen a ser ángeles.

Ahora bien; estamos actualmente en plena guerra y es interesante examinar cuales pueden ser las consecuencias de ella.

Recordémosnos que las fuerzas morales y vitales de una nación como de un individuo deben crecer en la adversidad y las desgracias, y si no lo hacen es señal que la nación o el individuo está perdido.

Francia, en vez de regenerarse después de su caída en 1870-71, ha continuado su carrera hacia el abismo, por el camino de la corrupción moral en las familias y en el estado; su camino está sembrado de ruinas de templos y de todos los ideales de la cultura intelectual y moral.

Como en la antigua Grecia, ha habido un hombre que hizo su nombre inmortal quemando el templo de Diana de Efeso; así el actual presidente de la Cámara de Diputados ha hecho su nombre inmortal por las impías palabras:

«Hemos apagado todas las luces del cielo».

Ha dicho el famoso Montesquieu que la religión es tan indispensable para conservar el orden en la sociedad que sería necesario inventarla si no existiese y ahora vienen gentes que se proclaman hombres políticos y estadistas y que como en el tiempo de la gran revolución declaran que van a gobernar apoyándose solamente en los instintos depravados de la muchedumbre!

Y ES LA VERDAD

Supongamos que sabes quince idiomas y has viajado por Rusia, Italia y Francia y te da compasión nuestra ignorancia, contra la cual empleas cursis bromas.

Supongamos que seas erudito y que sabes hablar hasta en siríaco y que puedes hacer, de un burdo saco, camisas para frac de un señorito.

Supongamos que al sabio Ptolomeo le puedes enseñar astronomía, al Bomba tauromaquia, y a Talía el arte de hermosear lo superfluo.

Supongamos que a Edison das lecciones para que invente nuevos aparatos y alcanzas que las gatas y los gatos no persigan de muerte a los ratones.

Supongamos que logras con tu ciencia volar como un jilguero o un milano y extraer del chascás de un miliciano del progreso sin par la quinta esencia.

Supongamos que llegas con tu vista a explorar los abismos insondables, y logras que los libros, no los sables, corran el mundo en pos de la conquista.

Supongamos que cantas como un mirlo y fluyen las palabras de tu boca, y que si algún osado te provoca evitas que en tu cara te haga un chirlo.

Supongamos también que todo el mundo de sabio sin igual te da la palma: si no sabes al fin salvar tu alma, serás un ignorante muy profundo.

En cambio el mentecato de quien dices que es un ente infeliz, pues nada sabe, si encuentra de los cielos la áurea llave te deja con un palmo de narices.

B. DE LA ENCINA.

La lealtad de Inglaterra

UN RECUERDO HISTÓRICO

Un historiador de nuestras glorias y desventuras relata así esta hazaña de la nueva Cartago:

«La paz firmada en Amiens entre Francia e Inglaterra el 27 de Marzo de 1802, quedó rota el 22 de Mayo del siguiente año, y la guerra volvió de nuevo a encenderse.

Bonaparte, entonces primer cónsul de la República francesa, invocando el Tratado de San Ildefonso, pidió a España auxilios de hombres y de buques, que en el mismo se estipulaban. Nuestro Gobierno deseaba excusar aquella obligación y no tomar parte en la campaña; pero apremiado por el primer cónsul abonando a la Francia, en lugar de dichos auxilios, la cantidad de seis millones de francos mensuales. Avínose aquél a la propuesta, pero Inglaterra protestó contra semejante neutralidad.

La manera que tuvo de vengarse echó sobre su honra un borrón indeleble. *Mientras que seguía en Madrid negociaciones diplomáticas para el arreglo de las cuestiones pendientes*, y en tanto que su bandera era acogida amigablemente en nuestros puertos, *dió en secreto instrucciones a los capitanes de sus cruceros para que apresasen o echaran a pique los buques españoles sin aguardar a la declaración de guerra. Esta orden*

barbárica e injustificable, que coloca a la Gran Bretaña al nivel del más cobarde pirata, ocasionó el 5 de Octubre de 1804 una funesta desgracia en las aguas del Puerto de Santa María.

Cuatro fragatas españolas, que fadas en la paz existente; y, por tanto desprevenidas, venían del Río de la Plata conduciendo caudales, fueron repentinamente asaltadas por otras cuatro británicas.

Ensayaron, sin embargo, una inútil defensa; pero la *Mercedes* se voló al disparar una andanada, y las otras tres tuvieron que arriar sus pabellones.

La sangre de las trescientas víctimas de tan inmensa catástrofe, encendió en los pechos españoles un terrible sentimiento de venganza contra aquellos odiados extranjeros, cuya bandera, tremolando orgullosa sobre la primera fortaleza de la Península, es un recuerdo constante de infinitos agravios y mantiene viva la llaga de nuestra ajada dignidad nacional.

Nuestro gobierno declaró la guerra al de la gran Bretaña el 12 de Diciembre, y puesto de acuerdo con Napoleón Bonaparte, ya proclamado Emperador de los franceses, tomó las disposiciones necesarias para herir duramente al común enemigo.

Ningún medio le parecía a Napoleón más a propósito que el de verificar un desembarco en la misma Inglaterra, y para ello tenía ya reunidos inmensos pertrechos, numerosísimas fuerzas, muchas lanchas cañoneras y multitud de buques de transporte. Pero necesitaba para atravesar el Canal de la Mancha limpiarlo antes de las escuadras inglesas, y a este fin procuró llamar hacia otros mares la atención del Gabinete de Londres, y quiso reunir tal número de navíos franceses y españoles que dominasen el Canal el tiempo necesario para el paso de la expedición. Todo fracasó por la apatía y la indecisión del almirante francés Villeneuve, que, huyendo de los mares de la América tan luego como tuvo noticias de que había llegado en su seguimiento el inglés Nelson, aunque con fuerzas muy inferiores, regresó a Europa para abandonar a nuestra Marina vergozosamente en Finisterre, donde la escuadra aliada vino a tropezar con la del almirante Calder. Allí los navíos españoles, que sostuvieron casi solos el combate, pelearon como leones, pero no pudieron rescatar el «San Rafael» y el «Firme», que, arrojados por el viento en medio de los ingleses, hubieron de rendirse tras de una heroica defensa. Villeneuve, resistiéndose a los consejos de sus mismos capitanes, permitió a Calder retirarse tranquilo con su presa, y él, en vez de acudir a Brest, como le mandaba Napoleón, corrió a encerrarse en el puerto de Cádiz.»

Después vino el combate de Trafal-

gar, glorioso, pero triste, por la torpeza de Villeneuve, que desoyó los consejos y advertencias de los heroicos marineros españoles.

Ese recuerdo de la lealtad púnica de Inglaterra debe juntarse con este otro, que se repite todos los días.

Fíjense ustedes bien, todos los días.

En la orden de la plaza de Gibraltar (la plaza robada a España por Inglaterra al terminar la guerra europea de Sucesión) se designa *todos los días el Batallón que ha de ocupar a Sierra Carbonera.*

Es decir que, Inglaterra, desde una plaza robada se propone todos los días violar el territorio y la neutralidad y usurpar la soberanía de una nación que llama amiga.

¿Y pensar que hay españoles que desean el triunfo de nuestro verdugo!

La Europa salvaje

Nunca como ahora está justificado este título, que un insigne escritor aplicó en una obra que algunos calificaron de *pura imaginación*.

¡Exageraciones de reaccionarios!—diría algún enamorado del modo de ser de la Europa actual.

El progreso moderno había de reventar un día u otro.

Y ha reventado más pronto de lo que muchos se figuraban.

Tantos acorazados monstruosos y tantos cañones de retrocarga y tantos aeroplanos blindados y tanta paz armada no pronosticaban cosa buena.

Hay personas que se entusiasmaban ante esos adelantos pacífico-guerreros; y los colocaban en el activo del progreso moderno.

A cada barco que salía de los astilleros, a cada cañón que salía de las fábricas, se aseguraba un poquito la paz.

Es imposible—así discurrían muchos inocentemente—que llegue a romperse el equilibrio europeo, a lo menos en esas naciones que componen lo que recibe principalmente el nombre de Europa.

Que se rompa por allá en los Balcanes, bueno. Aquello es un extremo de Europa. Es como si a un individuo le pisan un pie. Un poco de dolorcillo, y luego nada. Y todavía le consuelan diciéndole: *usted dispense*.

Pero en Alemania, Francia, Inglaterra, emporio del saber y de la civilización, no puede ocurrir ninguna barbaridad.

Los enormes contingentes armados sirven para tonificar a los hombres en las maniobras y para lucir en las revistas. Son una especie de *sport*, algo caro, es cierto, pero muy hermoso, a que se dedica Europa entre tango y couplet.

Sería demasiado horrible lo que pa-